

SOPHIA BENNETT

Made in India



Divertidísima,
fascinante
y tan contemporánea
como el mundo
de la moda

MAEVA  young

SOPHIA BENNETT

Made in India

Divertidísima, fascinante y tan contemporánea
como el mundo de la moda

Traducción:

SONIA FERNÁNDEZ ORDÁS

MAEVA  young



Jamás he visto a Crow tan asustada. Y esta vez no le faltan motivos.

Estamos en la tienda más emblemática de Miss Teen, en Oxford Street. La planta baja es enorme, luminosa, y está prácticamente vacía. De momento. La oportunidad perfecta para ir a comprar, pensaréis, pero no. Para nada. No vamos a comprar; estamos esperando. Y no somos las únicas. Solo se interpone un gigantesco panel de cristal entre nosotras y el mogollón de gente más inmenso y ruidoso que he visto en mi vida. Lleva horas creciendo sin parar. Y nos ve. Y grita nuestros nombres y espera impaciente el momento de poder pasar a la zona donde nos encontramos nosotras.

Bueno, un panel de cristal y una SUPERMODELO.

Svetlana Russinova está posando en el escaparate. Lleva uno de los vestidos-corsé de Crow bordado en oro con una faldita muy vaporosa que le permite lucir las piernas. Me acuerdo de cuando Crow lo diseñó la primavera pasada.

De vez en cuando Svetlana vuelve la cabeza para mirarnos a las tres, muy juntitas en el interior de la tienda, e intenta animarnos diciéndonos cosas tranquilizadoras como «Hay miles de personas. En serio.

Oxford Street está abarrotada. ¿Estáis seguras de que van a caber todas?»

No, sinceramente, no lo estamos. No estamos para nada seguras de que vayan a caber ni la mitad. Ni de que salgamos con vida en el intento. Peor aún, ni de que tengamos suficientes prendas de la nueva colección de Crow para el gran público que podamos venderles cuando entren.

Andy Elat es el único que parece más o menos relajado. Es el dueño de Miss Teen. En su día dijo: «Haremos una gran promoción de lanzamiento de la nueva colección antes de Navidad. Va a estar en boca de todo el mundo. Será impresionante. Os va a encantar».

Si hubiera dicho: «Va a ser igual que estar en medio de un desastre natural con lentejuelas», habría dado en el clavo. Pero no lo dijo. Así que aquí estamos.

Crow es la que parece estar más aterrorizada, pero tiene a su hermano Henry para darle ánimos. Se aferra a él como si le fuera la vida en ello. Yo tengo a mi amiga Jenny y más o menos también me aferro a ella, aunque en realidad más bien es ella la que se está aferrando a mí.

—Parecen enfadados —susurra—. ¿Está seguro de que deberíamos dejarlos pasar, señor Elat?

—Solo están excitados —responde Andy tan tranquilo—. Muy bien, Svetlana. Será mejor que te bajes ya de ahí. Gracias, cariño. Dos minutos, muchachos.

Los guardias de seguridad asienten con la cabeza. Son grandes e intimidantes y seguramente harán bien su papel. Nosotras somos pequeñas, adolescentes y no llevamos armas. Hago un esfuerzo por

recordar por qué me involucré en la vida de Crow. O por qué lanzar una colección para el gran público me pareció una idea genial. O por qué no decidí hacerlo a MILES DE KILÓMETROS DE AQUÍ.

–Tres. Dos. Uno. Abrid las puertas, muchachos.

Gritos, gritos, gritos, gritos. Y lo siguiente que observamos es que avanzan directamente hacia nosotras.

Así son las cosas. Mi amiga Crow ya es oficialmente diseñadora de ropa para el gran público. Stella McCartney lo consiguió. Christopher Kane lo consiguió. Ahora nos toca a nosotras.

Observo cómo la muchedumbre nos empuja, nos atropella y nos deja atrás, ansiosa por echar mano a sus prendas favoritas antes de comprárselas. Gracias a Dios que Andy me quitó de la cabeza lo de Jenny. Como representante oficial de Crow –¡sí, eso es lo que soy!–, al principio pensé que Jenny fuese la imagen del escaparate, posando estupenda con la ropa de Crow. Jenny es pelirroja, graciosa y con curvas; sería la propaganda ideal para demostrar que los vestidos de Crow le sientan bien a todo el mundo. Aparte de que Jenny fue la primera persona más o menos famosa que vistió la ropa de Crow en público, incluso antes de que existiesen etiquetas con su nombre.

Pero Andy dijo que para hoy le parecía mejor contar con una supermodelo de fama internacional en lugar de con una niña de dieciséis años ligeramente mofletuda que ha salido en una película. Y ahora, cuando miro a Jenny vestida con su vestido de fiesta

vintage –del año pasado– confeccionado por Crow y temblando de miedo de pies a cabeza, tengo que reconocer que no le faltaba razón.

Svetlana se acerca. Se ha cambiado y se ha puesto unos vaqueros pitillo elásticos y una sudadera con la capucha subida, así que podría ser cualquiera de las chicas altas, rubias y guapas que andan por aquí, y casi nadie la reconoce.

–La cosa va bien –dice–. Les está encantando. ¡Mirad!

Si por «les está encantando» se refiere a que las prendas vuelen por los aires, las apilen en grandes montones y se peleen y lloren por ellas, tiene razón.

Las faldas de pétalos son las que primero se acababan. Están hechas en una seda muy suave con los colores de distintas piedras preciosas y enseguida llaman la atención. Y cuando te las pones, ondean y se mecen al andar. Es como llevar una pequeña escultura de seda en movimiento. Los jerseys van a tardar un poco más en tener éxito porque hay que probárselos para darse cuenta de lo increíblemente bien que sientan. En la percha parecen un poco amorfos, pero una vez puestos son capaces de convertir a una adolescente bajita y sin curvas como yo en una auténtica diosa *sexy*.

Me sorprende el éxito que están teniendo las camisetas. Después de todo, no son más que camisetas. Aunque hay que reconocer que Crow se pasó semanas y semanas trabajando antes de lograr darles el corte preciso para que cualquiera que se las ponga luzca curvas y esté perfecta. Es lo que tiene

que tus mejores amigas sean un palo, una guitarra y una canija: aprendes a hacer un corte maestro para que les siente bien a todas. Crow consigue que parezca fácil, pero no lo es.

Llevan cristallitos bordados, así que brillan bajo las luces de la tienda. Crow se ha hecho famosa sobre todo por hacer vestidos de alta costura para actrices famosas —o sea, lo más natural del mundo cuando aún no se han cumplido los catorce años—, y las prendas que se ven normalmente en la alfombra roja llevan cristales Swarovski por todas partes, así que las camisetas también los llevan. Estamos en diciembre y creo que en las fiestas de Navidad de este año va a haber un montón de camisetas con cristallitos bordados y faldas de pétalos.

Las fábricas llevan varias semanas confeccionando todas estas prendas. Cuando vi llegar la mercancía me quedé horrorizada. Cajas, cajas y más cajas procedentes de la India y Filipinas. No me imaginaba cómo íbamos a ser capaces de venderlo todo y ahora aquí estoy preguntándome si habrán hecho suficientes.

Busco a Crow con la mirada para ver cómo está, pero ha desaparecido. Oh, oh. Le hago una señal a Jenny y organizamos de inmediato un comando de rescate. Finalmente la encontramos; se ha refugiado en la sección de zapatería, en lo alto de la enorme escalera de caracol, que está totalmente vacía a excepción de ella y de su hermano.

Henry está leyendo un libro, como de costumbre. Parece que ha confundido LA TIENDA DE MODA MÁS GUAY DE LONDRES con una biblioteca pública, pero Crow está muy a gusto, sentada tranquilamente y acurrucada bajo su brazo. Es extraño pensar que hace solo un par de años Henry estaba en Uganda con una ametralladora en la mano en vez de estar aquí sentado abrazando a su hermana y leyendo una antología poética. Y no porque le gustase empuñar la ametralladora. Se siente mucho más a gusto con sus libros.

Sonríe a su hermana y Crow parpadea con gesto de inseguridad. Sería una faena obligarla a meterse de nuevo en la vorágine de la planta baja. Después de todo, ya no tiene mucho que hacer allí. No va a ponerse también a trabajar de cajera o algo por el estilo.

Ha crecido mucho últimamente. Ahora es tan alta como yo –que tampoco es gran cosa, ya lo sé, aunque a mí sí me lo parece–, pero es todo brazos y piernas, y me recuerda a la imagen de un potrillo recién nacido intentando sostenerse en pie sobre su largas patitas; quizá sea eso lo que me provoca la necesidad de protegerla. Eso y sus ojos soñadores y sus dedos finos, que la hacen parecer una criatura frágil y delicada. Aunque sospecho que en realidad es tan dura como un par de botas Dr. Martens.

–Quince minutos –le digo, y señalo mi reloj y luego los ascensores que conducen a las oficinas de arriba. Henry me mira y asiente con la cabeza. Conoce el programa.

Jenny y yo respiramos hondo y nos preparamos para sumergirnos de nuevo en el *tsunami* humano.

—Por cierto, ¿qué le ha pasado a Edie? —pregunta Jenny.

Buena pregunta. Edie es nuestra mejor amiga y un auténtico supercerebrita, que se suponía que tenía que haber llegado hace una hora. Estoy a punto de contestar cuando suena mi móvil. Menuda sorpresa. Me olvidé de cargarlo anoche y creí que estaría sin batería. El nombre de Edie aparece en la pantalla.

—¿Nonie? Estoy de camino. Pero se ha metido un hacker en mi web. Dicen que soy una embustera y todo tiene que ver con Crow. Dicen...

Bueno, no sé qué dicen porque la batería de mi móvil escoge ese preciso momento para apagarse definitivamente. La conversación con Edie se corta y la pantalla se pone negra, para rematarlo.

Entre las hordas de compradores sobreexcitados, Andy Elat capta la expresión de mi cara y obviamente no le gusta lo que ve.

—¿Va todo bien, Nonie? —me pregunta articulando bien con los labios para que yo pueda leer en ellos.

—Todo bien —le indico también vocalizando y con el pulgar hacia arriba para reafirmarme.

Tengo cierta práctica en mentir a los adultos. He cogido esa costumbre. Simplifica las cosas.



Normalmente el horario del miércoles se distribuiría en reunión, dos clases seguidas de historia, recreo y literatura inglesa. Pero hoy tenemos lanzamiento, entrevista y fiesta. Después, panzada tremenda de deberes, y por último tren a París.

Me gustaría haceros creer que todo es promoción y fiestas, pero no es así. Tuvimos que pedir un permiso especial para faltar a clase y poder asistir a los eventos de Miss Teen, y luego otro permiso especial para ir a París. Y el de mañana es para un funeral, así que no cuenta.

Supe desde el principio que mañana iba a ser un día un poco delicado, pero estaba deseando que llegase hoy. Sin embargo, tengo un nudo en el estómago que no se va a deshacer tan fácilmente. Además de todo este follón con tanta gente, la voz de Edie sonaba como si tuviese un ataque de pánico. Y Edie no es precisamente el tipo de persona que se deja dominar por el pánico. Si hubiese un terremoto, Edie sería la que organizaría a la gente y conseguiría mantas y lugares donde refugiarse. Debe haber ocurrido algo horrible con su web para que esté tan alterada.

Cuando digo web, no quiero decir simplemente que Edie tiene un perfil en MySpace o en Facebook.

Me refiero a su propia página web. Con su propia dirección de internet, su propio logo y todo lo demás. En ella informa de todos sus proyectos de buenas obras, sus planes para ir a Harvard y salvar el mundo, lo que hacemos todas en el colegio –lo cual incluye descripciones de mis últimos estilismos, y, para que la gente se ría aún más, los comentarios de mi madre al vérmelos– y también lo que hace Crow.

Recibe montones de visitas. Literalmente, miles cada semana. Entre ellas están las que quieren saber cómo les va a los niños que fueron obligados a ser soldados en Uganda, como Henry, y las que quieren saber si las famosas faldas de pétalos de Crow van a formar parte de su nueva colección para Miss Teen. Adivinad qué sección es la que acumula más visitas.

No me entra en la cabeza que haya alguien que pueda llamar mentirosa a Edie. De hecho, su principal problema es NO mentir. Hay veces en las que de verdad desearías que dijese una mentirijilla piadosa –«qué bien te queda ese abrigo, Nonie», «ese nuevo corte de pelo te favorece muchísimo» o «qué raro que sacases una nota tan baja en el examen de geografía del año pasado»–, pero nunca lo hace. Siempre dice lo que piensa, tal cual. Quien haya hecho lo que sea en su web se ha equivocado de persona.

Dos clientas de Miss Teen se están peleando delante de mis narices por una falda de pétalos color verde esmeralda, la última que queda en esa talla.

Hace media hora que comenzó la campaña y las cajas ya tienen unas colas kilométricas. En menos de dos años, Crow ha pasado de ser una pequeña refugiada ugandesa con dificultades para leer a convertirse en un cruce entre Vivienne Westwood y las gemelas Olsen. La colección Joyas va a ser un exitazo de ventas, y en los ojos felices y con arruguillas de Andy Elat se ve brillar el símbolo de la libra esterlina.

Finalmente, a medida que los percheros se van vaciando de prendas, veo a Edie junto a la puerta, aturrida. Lleva la camiseta bordada con cristales rosas con el lema «Menos frivolidad y más solidaridad», nuestro eslogan. De la venta de cada camiseta, dos libras se emplean para ayudar a los niños africanos que han perdido a sus padres a causa de la guerra o del sida. Adivinad de quién fue la idea. También fue a Edie a quien se le ocurrió aplicar un descuento a la gente que hoy trajese sus bolsas de casa para reutilizarlas.

La camiseta le hace parecer anormalmente interesada en la moda. Por lo general, Edie cree que una «ocasión especial» significa ponerse una bonita falda plisada y camisa a juego, y quizá un jersey sobre los hombros. Aaarg aaarg aaarg. Ni siquiera el conocerme de prácticamente toda la vida la ha hecho cambiar, y eso que si algún día me veis con un jersey por los hombros prefiero daros permiso para que me matéis, directamente.

Sonrío y pongo mi mirada interrogante. El barullo de la gente que compra a nuestro alrededor es un escándalo («¿Tienen esto en la talla 42?», «¿me puede

dar otra bolsa?», «¡eso era mío!», y de fondo un continuo bip, bip, bip de las cajas registradoras), así que es difícil hacerse entender.

Se acerca y me da un abrazo.

—¡Oh, Nonie!

Comienzan a rodar lágrimas por sus mejillas.

—Dijeron que yo era una falsa y una hipócrita. En todas las páginas. Dijeron que la colección de Crow estaba hecha en sitios horribles y por mano de obra explotada, y que la gente no debía comprarla, y que yo no hacía más que fingir que estaba apoyando buenas causas cuando en realidad no soy más que una... una...

Se apoya en mi hombro y solloza aún más fuerte.

—¿Una qué?

—¡Una negrera!

Me quedo alucinada. ¿Una negrera? Edie es la clase de chica que recoge lo que la gente deja tirado por ahí Y LO DEPOSITA EN EL CONTENEDOR DE RECICLAJE —si es que se puede reciclar, claro; siempre lo comprueba—. Es una cosa extrañísima.

—Pero ¿quiénes son?

—Un grupo que se llama No Kidding [Con los niños no se juega] —responde hipando—. Es una asociación que hace campañas por un código de conducta ético, con sede en California. ¡Han puesto unas imágenes en mi web para que parezca grafiti! Dicen que la colección la han confeccionado en la India niños pequeños. Y me están atacando a mí por ello. Dicen que lo único que quiero es hacerme famosa y que estoy utilizando a Crow para enriquecerme.

Y aparte de todo eso, deben de ser muy simpáticos. No, para nada. De hecho, lo único bueno es lo de su sede en California. Si no, estarían ahí fuera gritando y con pancartas.

Le doy a Edie un superabrazo de oso. Consigue dejar de llorar e intenta mostrar una sonrisa valiente.

–Siento haber llegado tarde. Es que me he pasado un montón de tiempo hablando por teléfono con los encargados del servidor para que dejen mi web fuera de servicio hasta que se aclare todo –dice.

Hasta cuando está sofocada, aturdida y hecha un mar de lágrimas, Edie no puede evitar parecer un cerebritito internauta.